

« Procurad, hermanos míos, tomar siempre consejo, y
 » no fiaros de vosotros mismos. Esta desconfianza es un
 » grande bien: pues es efecto de una sincera humildad, y
 » produce à su vez un gozo verdadero, una paz profun-
 » da. »

« Pero me direis tal vez: ¿ qué hago si no encuentro
 » una persona que me dirija? Es verdad, hermanos míos;
 » pero al que busca la voluntad de Dios con pura intención
 » y con todas las fuerzas de su corazón, Dios no le dejará
 » sin auxilio, sino que le llevará como con la mano à la eje-
 » cución de su santa voluntad, y hasta en caso necesario un
 » niño le dará à conocer lo que de él exige. Pero si al-
 » guno no busca la voluntad de Dios con un corazón recto
 » y puro, aún cuando vaya à consultar à un profeta, Dios,
 » que ve la malignidad de su corazón, permitirá que el
 » profeta le responda según lo que se dice en la Escritura:
 » *Cuando errare el profeta, y hablare la palabra, yo el Se-
 » ñor engañé al profeta* (1).

» Necesario es, por lo tanto, que caminemos con recta
 » intención, si queremos conocer la voluntad de Dios. Si
 » alguna cosa nos parece buena, y como tal nos la propo-
 » ne un director ilustrado, sigámosla, no por el juicio que
 » de ella hemos formado, sino por el consejo que se nos
 » ha dado. Quiera Dios preservarnos de los peligros en que
 » se encuentran los que siguen su propio juicio, y conce-
 » dernos la gracia de que sigamos el camino que nos tra-
 » zaron nuestros Padres, que tuvieron la dicha de seguirle
 » y agradarle.

(1) Ezech. XIV, 9.

INSTRUCCION VI.

SOBRE LOS JUICIOS

No hay un pecado que con tanta energía hayan combatido los santos Padres, como el de juzgar con ligereza al prójimo, pues conocían que este pecado procedía de un principio de orgullo y de preferencia de sí mismo, que destruía la caridad fraterna y se oponía al espíritu de Jesucristo, lleno de misericordia para con los pecadores. Por esta razón san Doroteo, à semejanza de los Padres que le habían precedido, se expresa en esta instrucción con la mayor viveza, para hacer sentir la fealdad de este pecado, é inspirar à sus religiosos el horror que merece. No sólomente las personas religiosas, sino hasta las seculares, pueden encontrar en esta instrucción, lo mismo que en las que preceden y en las que siguen, enseñanzas que pueden servirles de mucho provecho. Es verdad que san Doroteo se dirige à los religiosos; pero también lo es que combatía pasiones que sufren todos los hombres, y que todos están obligados à combatir.

« El pecado de juzgar temerariamente al prójimo es muy
 » grave en sí mismo, y Dios lo odia en extremo, como di-
 » cen los santos Padres. Él atrae, efectivamente, sobre no-
 » sotros la indignación divina, nos despoja de las virtudes
 » adquiridas, y nos incapacita para alcanzar otras nuevas.
 » Por esta razón dice Jesucristo en el santo Evangelio:
 » *Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y despues verás
 » para sacar la mota del ojo de tu hermano* (1). En este pa-
 » saje compara el Maestro celestial la falta del prójimo con
 » la paja, y con la viga la del que juzga, demostrándonos

(1) Luc. VI, 42.

» de esta manera que este pecado es tan grave, que excede
 » á todos los demás. Cuando el fariseo (1) daba gracias á
 » Dios por sus buenas obras, no mentía : así es que Jesucris-
 » to no lo condenó tan severamente por ello, pues todos
 » estamos obligados á dar gracias á Dios por los bienes
 » que de su mano misericordiosa recibimos ; pero censuró
 » con la mayor dureza su conducta, por juzgar temeraria-
 » mente al publicano en su persona y en sus disposiciones
 » interiores. Así pues, condenando á éste, se condenaba á
 » sí mismo.

« ? Porqué, en vez de juzgar á los demás, no nos juz-
 » gamos á nosotros mismos ? ¿ porqué no fijamos nuestra
 » consideración en tantas y tantas acciones malas, de que
 » hemos de dar estrechísima cuenta á Dios ? ¿ porqué
 » mezclarnos en las acciones é intenciones del prójimo ?
 » Suficiente, y más que suficiente materia de considera-
 » ción tendríamos con nuestras propias acciones. Sucede
 » de ordinario que un religioso, por pura sencillez, comete
 » alguna falta, y por lo tanto con esta sencillez agrada
 » á Dios ; mientras que el que le censura se hace reo de
 » verdadera culpa en la presencia de Dios. Pero suponga-
 » mos que este religioso ha caído en alguna tentación :
 » ¿ sabemos cuantos combates ha sostenido ántes de caer ?
 » Dios, que ha visto los trabajos y esfuerzos que ha prac-
 » ticado para resistir á la tentación, tiene compasión de él ;
 » y sin embargo, nosotros le juzgamos. ¿ Sabemos las lágri-
 » mas que tal vez ha derramado para expiar su falta ? Sa-
 » bemos su pecado, pero no sabemos su penitencia.

« Pero aún hay otra cosa peor, y es que, no contentos
 » con juzgar al prójimo, añadimos el desprecio al juicio.
 » Estas dos cosas son diferentes, pues el desprecio consiste
 » en hablar injuriosamente del prójimo y en ridiculizarle. En

(1) Luc, xviii.

« verdad, mis amados hermanos, que los que sólomente
 » piensan en su salvación están muy léjos de fijarse en las
 » faltas de los demás : tienen constantemente ante sus
 » ojos sus propios males, y semejantes á aquel solitario,
 » que era testigo de la caída de uno de sus hermanos. ex-
 » claman suspirando : ¡ Desgraciado de mí ! tal vez me ocu-
 » rrirá mañana á mí lo mismo.

Ved aquí cuales fueron sus precauciones : ved las dispo-
 » siciones de su corazón : ved la prentitud con que encuen-
 » tra medios para no condenar á su hermano. Se llena
 » de temor por el pecado que él mismo hubiera podido
 » cometer, y se abstiene de condenar á su hermano.

« Pero nosotros, hermanos míos, obramos desgraciada-
 » mente de otra manera muy distinta : nos cuesta trabajo
 » sobrellevar á nuestros hermanos : los rebajamos, y si
 » hemos visto, ú oído, ó sospechamos de ellos alguna falta,
 » somos injustos, no sólomente por juzgar mal de ellos,
 » sino por la necia satisfacción de inculcar esta falta en el
 » corazón de los demás, sin temor de atraer sobre nosotros
 » la maldición fulminada por el mismo Dios ; *Ay del que*
 » *da de beber á su amigo, y le mezcla su hiel !* (1).

« ¡ Ah ! mis amados hermanos, si la caridad ocupase
 » en nuestros corazones el lugar que le corresponde tendria-
 » mos compasión de nuestros hermanos, sentiríamos sus
 » males y nos afanaríamos por ocultarlos. Todos los san-
 » tos nos han dado ejemplo de esta hermosa virtud. Cuan-
 » do los pecados de los hombres eran visibles y públicos,
 » ellos tenían ojos para verlos, pero procuraban disculpar-
 » los. ¿ Qué hay más odioso para los santos que el pecado ?
 » Sin embargo, no odiaban al pecador, no lo condenaban,
 » sino que hacían los esfuerzos que estaban á su alcance
 » para corregirlos. Los exhortaban, los consolaban, y los

(1) Habac. ii, 15.

« trataban como á miembros enfermos, no omitiendo nada
« para su curación.

« ¿Habeis observado lo que hace el pescador cuando siente
« un pez en su ansuelo? Si ve que salta y se agita mucho,
« no lo saca de una vez con violencia, no sea que se rompa
« la cuerda, y escape su presa; sino que le dá carrete, lo
« deja ir, hasta que se van paralizando sus movimientos.
« Entónces lo atrae poco á poco á la rivera.

« Pues de esta misma manera atraen los santos á los
« pecadores con su caridad y su paciencia. No los ofenden,
« no los desprecian, sino que los animan y ayudan á levanta-
« tarse, impidiendo de este modo que su falta perjudique á
« los demás. Tengamos nosotros el mismo espíritu de com-
« pasión para con nuestro prójimo; no lo ofendamos, no
« lo condenemos, no lo depreciamos. Ayudémonos unos
« á otros, como haríamos con los miembros de nuestro
« propio cuerpo.

« ¿Quién hay que, teniendo heridos un pié ó una mano,
« descuide la curación de estos miembros, se los corte, ó
« los deje morir? No se tiene horror á este miembro, ni
« al mal olor que produce su podredumbre, y nada se
« omite para su curación. Pues bién, los monasterios
« son un cuerpo, y los religiosos sus miembros: el
« superior es su cabeza: los que velan por la dirección
« de los demás son sus ojos: los encargados de la
« predicación son su boca: los que los oyen son los
« oídos, y las manos y pies los constituyen los que ejer-
« cen los diferentes oficios. Ahora bién, si sois la cabeza,
« gobernad: si sois los ojos, velad; si sois la boca, ins-
« truid: si sois el oído, la mano ó el pié, obedeced, tra-
« bajad: que cada uno preste á este cuerpo el servicio que
« le corresponde: que todos caminemos unidos, para que la
« unión y caridad de los unos con los otros nos lleve á la
« unión con Dios.

« Los santos Padres nos enseñan esta verdad importan-
« tísima por medio de esta comparación. Imaginaos que el
« mundo es un círculo de que Dios es su centro, todos,
« los caminos que recorren los hombres, todos los oficios
« que ejercen, deben ser como las líneas trazadas de la cir-
« cumferencia al centro. ¿No es verdad, que cuanto más se
« acercan las líneas al centro, tanto más se acercan también
« unas á otras, y que, cuanto más se separan de este centro
« tanto más también se separan entre sí? Otro tanto sucede
« con los hombres: cuanto más se acercan á Dios, que es el
« centro, por el deseo de unirse á él, tanto más se acercan
« unos á otros por la mútua caridad, y cuanto más se ale-
« jan de Dios, tanto más se separan unos de otros.»

INSTRUCCION VII.

ACUSARSE Y REPENDERSE A SI MISMO.

En esta instrucción nos dá san Doroteo un medio eficaz para sacar provecho de los trabajos que nos vienen de parte del prójimo, y que excitan nuestra sensibilidad. Demuestra que, acusándonos y reprendiéndonos nuestros propios defectos, impresionan ménos las cosas que hay que sufrir de parte de otros, y que en las contradicciones, ya sean grandes ya pequeñas, debemos elevarnos á Dios, sin considerar las disposiciones de la criaturas, ya favorables ya adversas para nosotros.

« 1º ¿De donde, hermanos míos, procede, dice, que al-
« gunas veces no nos impresionan las palabras duras y hu-
« millantes; miéntras que otras veces nos mortifican? Pue-
« de ocurrir que seamos insensibles á ellas, porque acabemos
« de salir de la ocasión, y se halle nuestro espíritu en
« un temperamento apacible, ó que profesemos tanto

« afecto á aquel hermano, que soportemos con facilidad
« todo cuanto de él proceda, ó que despreciemos, por
« último, al que nos ofende, y no hagamos caso alguno
« de lo que nos diga.

« Voy á referir lo que sobre este particular he visto en
« nuestro monasterio ántes de que yo saliera de él. Habia
« un religioso jóven á quién los demás trataban con despré-
« cio y poca caridad ; sin embargo, nunca le ví impresionado
« ni conmovido, ni indispuesto con ninguno, pues todo
« lo sufría con resignación y hasta con gozo. Estaba yo
« admirado de su paciencia, y un dia le pregunté, qué ha-
« bia hecho para adquirir tan eminente virtud. Con la
« mayor naturalidad me respondió : Hago con los que me
« desprecian lo que el perrillo á quién castiga su amo :
« acariciarlo. Me sorprendió esta respuesta, bajé la cabeza,
« y me dije á mí mismo : este religioso ha encontrado el
« verdadero camino. Hice la señal de la cruz al separarme
« de él, y pedí á Dios que me concediese la misma gra-
« cia. »

« Por el contrario, lo que hace que nos turbemos
« cuando recibimos una ofensa, es que en este momento
« nos hallamos en malas disposiciones, y por consiguiente,
« si queremos averiguar el principio de nuestra emoción,
« veremos que consiste en no haber cuidado de reprender-
« nos y acusarnos á nosotros mismos. De aquí nacen las
« agitaciones que no nos dejan gustar la paz del alma.

« No hay mejor medio para conseguir esta paz, segun la
« doctrina de los Santos, que acusarse y reprenderse á sí
« mismo. Nuestros Padres hablaban por experiencia, y de-
« cía muy bién el abad Pastor, que tan sólo tiene paz y con-
« solación el que se reprende incesantemente, porque si le
« ocurre alguna affixion, ó se le hace alguna injuria, la
« sufre creyendo que la ha merecido.

« Pero me direis : Cuando ni hermano me ofende, y exa-

« minándome, veo que no le he dado motivo, ¿ como puedo
« acusarme á mí mismo ? Convengamos, hermanos míos, en
« que en aquel momento no le hayamos dado ocasión, ni de
« palabra ni de obra, para la ofensa ; pero tal vez se la ha-
« yamos dado ántes, y si no se la hemos dado á este her-
« mano, quizá se la hayamos dado á otro.

« Indudablemente no somos tan sensibles, sino porque
« aqueja á nuestra alma alguna pasión secreta que no
« conocemos, por no tener cuidado de profundizarla ni de
« reprendérnosla. De aquí resulta que, aunque estamos
« en paz, cuando nada se nos dice, nos turbamos en el
« momento en que se nos dirige una palabra mortificante.
« Pero el que nos ha dicho esta palabra no ha puesto en
« nuestro corazón la pasión que nos agita ; lo que única-
« mente ha hecho es darnos á conocer que la teniamo-
« oculta. »

« Las tentaciones no siempre tienen el mismo peso : se
« hacen más ó menos ligeras á medida de los progresos
« que hacemos en la virtud. A la manera que una bestia de
« buenas condiciones lleva fácilmente su carga, y si res-
« bala casualmente, al punto se levanta ; mientras que otra
« que se halla enferma se vé agoviada por la más pequeña
« carga, y si cae, se levanta con mucha dificultad : así
« nuestra alma, cuando se halla debilitada por el pecado,
« se vé agoviada por cualquier accidente, por pequeño que
« sea. Lo cual no sucede cuando se adelanta en la virtud,
« pues entónces las cosas que parecían duras, se hacen
« fáciles y provechosas, y no turban la paz, porque se con-
« sidera que nada ocurre sin una disposición especial de la
« divina Providencia. »

« 2º En cualquiera affixion, en cualquier trabajo que se
« nos ofrezca, en cualquiera necesidad en que nos encontremos,
« no nos quejemos, hermanos míos ; sino digamos,
« por el contrario ; Jesucristo sabe mejor que yo lo que ne-

« cesito, y él tendrá cuidado de mí en todas las cosas. El
 « maná, con que alimentó á los hijos de Israel en el desierto,
 « era uno en especie, y sin embargo, tenia el gusto, que cada
 « cual deseaba. De la misma manera, si alguno necesitase
 « comer huevos, y no tiene más que yerbas, es necesario que
 « diga : Si me fuese verdaderamente necesario comer hue-
 « vos, Dios me los proporcionaría, porque es suficientemente
 « poderoso y misericordioso para hacerlo.

« Hay unos que nadan en la abundancia, mientras que
 « á otros faltan las cosas necesarias. Dios dá á algunos
 « más de lo que necesitan, para que conozcan el exceso de
 « su liberalidad, y aprendan à manifestarse reconocidos ;
 « pero cuando rehusa à otros hasta lo necesario, lo suple
 « con su gracia, y les enseña à ejercitar la paciencia. De
 « suerte que, en todas las cosas, ya sean favorables, ya
 « adversas, debemos considerar la mano de Dios : debe-
 « mos levantar los ojos al cielo, darle gracias, hallar-
 « nos siempre dispuestos à condenarnos à nosotros mis-
 « mos, y decir como nuestros padres y maestros, que si nos
 « viene algún bien, es por una disposición especial de la
 « divina Providencia ; pero si experimentamos algun mal,
 « se debe únicamente á nuestros pecados.

« Pero nos hallamos, hermanos míos, muy léjos de pensar
 « de esta manera, puesto que pecamos todos los días,
 « puesto que seguimos el impulso de nuestras pasiones, y
 « abandonamos el camino que nos han trazado nuestros
 « mayores, que consiste en reprendernos y condenarnos á
 « nosotros mismos. Habia en una ocasión dos religiosos in-
 « dispuestos entre sí, y vinieron á exponeme sus quejas.
 « El de más edad me dijo que el otro no tenia caridad :
 « que no le guardaba ningún género de consideraciones, y
 « que cuando le ordenaba alguna cosa, era tanta su indoci-
 « lidad, que rehusaba hacerla. A esto respondió el más jó-
 « ven. Perdonadme, Padre mio ; pero este religioso no me

« habla en nombre de Dios, me manda con imperio y cual
 « si tuviese autoridad sobre mí, y ésta es la causa de que yo
 « no le guarde la consideración debida. Ved aquí como en
 « vez de acusarse cada uno á sí mismo, se acusaban el uno
 « al otro ».

« Habia también otros dos que frecuentemente tenían
 « diferencias, se daban en seguida satisfacción : pero con-
 « tinuaban en la misma aversión, pues decia el uno : No
 « me dá de corazón estas excusas, así es que no me inspira
 « confianza. El otro á su vez decia : Como siempre está
 « prevenido conmigo, recibe mal mis excusas, y procuro,
 « por lo tanto, estar alejado de él. Ved aquí, mis hermanos,
 « el error en que se hallaban estos dos religiosos. Bien sabe
 « Dios cuanto me aflijo de ver que no nos aprovechemos
 « de las instrucciones de nuestros Padres. ¿ No hubiera
 « sido mejor que estos dos religiosos depusiesen sus que-
 « jas? ¿ No debiera haber dicho el uno : este religioso se
 « queja de mí, porque le hablo destempladamente, y el otro :
 « yo soy indócil y desobediente ?

« ? En donde encontraremos hoy un hombre semejante
 « á aquel Santo, que, preguntado cual era, á su juicio, la
 « práctica más necesaria para agradar á Dios, respondió
 « que era acusarse á sí mismo en todas las cosas ? Así lo
 « recomendaban con el mayor encarecimiento el abad Pas-
 « tor y san Antonio, y todos sabemos que nuestros Padres
 « no alcanzaron la paz tan perfecta en que vivieron sino por
 « el hábito que tenían de acusarse á sí mismos, y de acudir
 « á Dios en todas las cosas.

« Por lo que á nosotros toca, hermanos míos, nos halla-
 « mos muy léjos de hacerlo así : en vez de acudir á Dios
 « en las cosas adversas, nos indignamos con nuestro pró-
 « jimo. Si se nos dice una palabra, la tomamos en mal
 « sentido, diciendo, si no tuviese el propósito de ofender-
 « me, me hubiera hablado de otra manera. Ved aquí como

« en vez de acudir á Dios, nos quejamos : del prójimo ;
« en vez de sacar provecho de todas estas situaciones,
« nos precipitamos en el mal. »

INSTRUCCION VIII.

DEL RECUERDO DE LAS INJURIAS.

Ya en otro lugar hemos hablado del recuerdo de las injurias, que forma el objeto de la octava instrucción dada por san Doroteo á sus religiosos, así es que sólomente expondremos aquí los puntos más culminantes.

Nos han enseñado nuestros Padres, dice, que nada « hay tan contrario á la profesión monástica, como montar « en cólera y afligir al prójimo : pues el que vence la cóle- « ra vence al demonio. ¿ Qué deberemos, pues, decir de « aquellos, que no sólomente se encolerizan, sino que con- « servan el recuerdo de las injurias ? ¿ Qué hacer, sino la- « mentarnos de sus malas disposiciones ? Es preciso, mis « hermanos, no considerar este sentimiento como insigni- « ficante, sino ahogarlo al punto. Hay una gran diferen- « cia entre el recuerdo de las injurias y la cólera : diferen- « cia que os voy á dar á conocer por medio de una compara- « ción. Cuando se quiere encender candela, se enciende « primeramente un carbón pequeño. Este carbón es pre- « cisamente la palabra que nos ofende. Si la habeis sopor- « tado con paciencia, habreis apagado el carbón. Pero si « os deteneis á considerarla, diciendo : ¿ porqué- « me habrá dicho esto ? ya le responderé yo lo que con- « viene : no me habria hablado de este modo, si no « hubiese tenido intención de ofenderme : sepa que le exi- « giré entera retractación. Semejantes pensamientos son « como la leña que se echa al fuego, y el humo que produ-

« ce este fuego es la turbación del ánimo, es decir, la agita- « ción, el concurso de los diversos pensamientos que con- « turban el corazón, y le inspiran el deseo de la venganza. « Ved á lo que puede conducirnos una sola palabra, si no « procuramos acallar en su nacimiento la turbación que « nos proporciona. »

« Pero nada me admira tanto en esto, como ver que « ignoramos lo que casi continuamente tenemos en nuestra « boca. No hay un solo día en que no nos carguemos á no- « sotros mismos de imprecaciones, cuando recitamos estas « palabras de los Salmos : *Si pagué con mal á los que me « lo hacian, caiga con razon bajo mis enemigos sin esperan- « za, Persiga el enemigo á mi alma, y alcáncela, y pise en « la tierra mi vida, y reduzca á polvo mi gloria* (1). Somos, « pues, muy desgraciados, hermanos míos, cuando conser- « vando en nuestro corazón el recuerdo de las injurias, no « nos apercibimos de que en estos cánticos pronunciamos « el decreto de condenación contra nosotros mismos. »

« Hay algunos que no creen devolver mal por mal, por- « que no lo hacen con sus obras sino con sus palabras. Otros « no devuelven mal por mal, ni aún con sus palabras, pero « alimentan en su corazón sentimientos de odio y de des- « precio para con sus hermanos. No manifiestan estar « ofendidos de ellos ; pero si saben que alguien los ha « maltratado ó causádoles alguna amargura, se sienten « llenos de satisfacción. Hay otros, por último, que no se « gozan en hacerles mal alguno ; pero se alegran de que « otros se lo hagan, ó de que se les prive del honor y de « la estimación. Pues bién, todo esto es recordar las in- « jurias.

« Quiero también hacerlos observar que hay algunos que, « habiendo tenido alguna diferencia con sus hermanos y ha-

(1) Ps. VIII, 5-6.